

# Ética, vida y persona

Manuel Sánchez Cuesta

Profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

**L**a ética no puede separarse de la vida. Más ésto no se resuelve con aseverar que la ética es una ciencia práctica, que su cometido consiste en ordenar nuestra conducta sobre la justificación de aquellos valores y deberes al hilo de los cuales cabe tan sólo que la construyamos. Es necesario, además y sobre todo, sentir dichos deberes como propios, es decir, en su calidad de tales, así como también vivenciar los valores a los que esos deberes se dirigen en tanto que cualidades necesarias para llevar a cabo una existencia digna.

Salta a la vista, entonces, que el compromiso es condición esencial del hacer humano, de la conducta ética. Sin esa implicación del ser todo que cada mujer y cada hombre nos somos en cada uno de nuestros actos, la ética se convierte en un reglamento, en el cumplimiento de un catálogo de normas foráneo, lejos siempre del fondo personal nuestro, ese centro en el que nos reconocemos con una subjetividad libre, a cargo de cuyas continuas decisiones corre la realización de nuestro proyecto vital.

Sin compromiso, pues, no hay acción ética, pues sin compromiso nada arriesgamos los hombres en nuestras acciones. El hacer es exigitivo de la realización de nuestro personal proyecto, de aquello que queremos ser, de nuestra solidaridad con los demás, de nuestro reconocimiento de los mismos en tanto que personas. La conducta, entonces, se hace modo de vida, indicativo de personalidad. Nosotros, cada uno, desde la más radical soledad, desde la más cortante individualidad, con la nítida previsión de nuestro destino de hombres, en función justamente de tal destino, de la verificación del mismo, decidimos libremente

orientarnos, aquí y ahora, en una dirección precisa.

La vida, así, se hace aventura individual, experiencia personal profunda, donde «aventura», más que un sugeridor tropo literario, se estatuye en el concepto que mejor precisa nuestro devenir real. En efecto, «aventura» significa apuesta, riesgo, imprevisibilidad, pero también sorpresa, acicate, deseo de conquista. Su denotación pende, pues, de cómo se conjugue esa doble línea de sentido: de ese avance con paso seguro a la busca del hacimiento de nosotros mismos y, a la vez, de la selección entre muchos otros modos de aquél en que queremos cristalice nuestro ser. Cuando ambos extremos son tenidos en cuenta, cuando al hilo del vivir los vamos viendo verificarse, es decir, crear conducta, forjar una personalidad, la de cada uno de nosotros, es cuando lo ético adquiere su medida justa, ya que únicamente entonces queda asegurado en autenticidad el núcleo de nuestra conciencia por encima de todo capricho, veleidad, consenso o pacto.

Uno no consensúa o pacta consigo mismo. Por el contrario, con uno mismo se es o no leal. La tarea de *sernos*, de ser el que debemos, no admite componendas. Esa tarea reclama imperiosamente de nuestra voluntad el que la efectuemos, lo que a su vez exige de cada uno de nosotros comprometerlo todo en ese empeño, vale decir, un ejercicio de responsabilidad como aval de nuestras decisiones. Así se hace efectiva la racionalidad que nos caracteriza como humanos, esa conducta prudente que, tras sopesar pros y contras, los que anteceden a toda acción planificada, van ajustando nuestro ser personal a su propio e individual destino.

Estamos pues en los antípodas mismos de la arbitrariedad, en los antípodas mismos de la evasión. Irracionalidad y veleidad nada tiene que ver con el universo de lo ético. Por eso, donde ellas están presentes, la ética ha desaparecido. La ética reclama comportamientos justos en el sentido etimológico del término, conductas *ajustadas*, mas donde tal ajustamiento —de ahí que hablemos de conductas— siempre sea algo conscientemente querido, expresamente buscado. Esa es la razón de que en cada acto el hombre se juegue su ser, arriesgue su destino, pues sólo la acción nos *con-figura* —no el conocimiento ni el deseo, sino el hacer concreto— en hombres y mujeres íntegros, en nada menos, por usar una expresión unamuniana, que toda una mujer y todo un hombre.

Mas el hombre no recorre su aventura en solitario. El ser humano se encuentra incardinado siempre en un contexto social. Esto significa que el hombre desanda su propia vida junto a otros hombres, en mutua convivencia, hasta el punto de que fuera de este locus quedaría desnaturalizado, des-personalizado. Por lo que de ese contexto depende en buena parte el logro poraquél de su autenticidad. Y como, a su vez, el cuerpo de lo social no otra cosa es sino el resultado de múltiples decisiones humanas, entre hombres y sociedad media una relación dialéctica, cuyo nexos dinámico es precisamente la ética. Cuando ésta se desvirtúa, cuando lo ético no muerde en carnes, se descuenta esa imbricación, dándose lugar a una disjuntividad que desorienta al hombre hasta perderlo; que, en sentido riguroso, lo aliena.

Tal enajenación es la que se produce cuando en nuestras sociedades actuales determinados valores hacen aguas o bien no aparecen suficientemente fundamentados, pues ello aboca al convencimiento de la negación de su objetividad. Accedemos, entonces, a esa situación del todo vale, óptima forma de aseverar que nada de hecho es valioso, haciendo que una indiferencia generalizada socave la validez de toda suerte de principios, ya que, evaluados los mismos en términos de conveniencia, encogen o agrandan su legalidad en función del capricho. Lo que da lugar a esa paradójica situación

en la que proclamamos una lealtad teórica a las normas y, a la vez, negamos su validez con nuestras acciones concretas.

Nada hay más dañino que universalizar el relativismo. En consecuencia, es necesario reconocer el carácter objetivo de los valores, pues únicamente de ese modo queda liberada la escala axiológica de toda hermeneútica caprichosa. La vida humana sólo se hace en verdad digna, esto es, adquiere coherencia y autenticidad, sobre la base de asumir precisamente determinados valores que rigen al margen de nosotros mismos. Y así como la lengua, siendo hechura nuestra, la recibimos sin embargo estructurada y a su morfosintaxis hemos de atenernos si queremos hablarla, así también el cuerpo ideal de los valores aparece más allá del imperio de nuestra voluntad al modo de un formalismo que es preciso luego materializar. El respeto al otro, por ejemplo, la solidaridad, la lealtad a la palabra empeñada o la fidelidad son valores que no dependen de la situación en que nos encontremos, antes bien se le imponen a la misma.

Sin embargo en nuestras sociedades modernas está acaeciendo un positivismo que retrotae reductivamente lo ético al presente y el hombre sito en él, ante la fascinación de lo inmediato, pierde la perspectiva quedándose sin futuro, sin proyecto personal. La misma historia, incluso, más parece un juego azaroso que un tiempo orientado hacia una meta, es decir, algo que el hombre protagonice. Y es que, sin principios objetivos el ser humano pierde el rumbo y la conciencia se vuelve laxa al asegurarse en meras opiniones que, aunque fundadas, no poseen el rango de estrictas legalidades, haciendo imposible la conexión entre acción y meta, entre conducta y destino. El presente, pues, nos lleva a *sentir* a la vez que bloquea el *sentirnos*. Y entre sentir y sentirse median profundas diferencias, las que existen entre lo objetivo y lo subjetivo respectivamente. Sentir, así, equivale a sentir algo, sentirse, en cambio, a *sentirnos a nosotros mismos*, a vivenciar-nos en el ser que nos somos para desde él, desde esa experiencia profunda de nosotros mismos, construir una vida en autenticidad, sin

que nos quepa dejar de realizar aquello que vivenciamos como valioso.

La ética, pues, no sólo nos sitúa ante nosotros, sino al tiempo ante los demás. En consecuencia, a la vez que posibilita la acción impide la omisión, extremos de una misma secuencia vital práctica, por encima de la cual no cabe en rigor hablar de responsabilidad. Los demás nos son necesarios. De ahí que no nos quepa el encogernos de hombros ante sus acciones, ya que las mismas se imbrican con la nuestras y, juntas, hacen comunidad, esto es, personas, o bien abocan a situaciones de marasmo. Hoy vivimos este segundo caso. Por eso, frente a la proclamación de la excelencia, impera por doquier una cultura light asentada sobre la peana de lo perentorio, de lo puntual, de lo coyuntural. Nada tiene de extraño que el dinero, por su capacidad de poder, aparezca como valor supremo, dado que a su través podemos acceder a cualquier otro bien, manipular o doblegar voluntades, someter el mundo a nuestro antojo y capricho.

Se genera, así, una nueva división social, que internalizan en las sociedades desarrolladas los conceptos norte-sur: el grupo constituido por los hombres o pueblos económicamente poderosos, con fortunas amasadas casi siempre al alimón y disfrutando de posibilidades prácticamente ilimitadas; y el grupo de los económicamente débiles, soportando la riqueza y el dominio agresivo de aquellos primeros. He aquí, pues, cómo el horizontalismo, esa conquista secular y humanizada, vuelve a ponerse en entredicho, cuando nuestro acerado sentido crítico tras la Modernidad habría debido impedirlo. Incluso la cosa va más lejos, como el mismo Mounier observara con agudeza, a saber, el hecho de que esa ostentación económica y de poder estuviera generando un peligro-

so ideal burgués que conducía al pobre y al obrero, insolidariamente, a pretender obtener aquellos logros.

La dimensión ética de la persona es tan obvia e indudable que ella misma aparece como principio y resultado de la acción ética, un hacer éste que pone a flor de piel la sensibilidad vital, proporcionándonos con ello una conciencia capaz de devolvernos al sentido de la comunión humana de naturaleza, al reconocimiento fraternorreverencial de los otros, donde la alteridad —(*tuidad, proximidad*)— se difracta en una multiplicidad de rostros sólo a través de cuyo reconocimiento seremos capaces de reconocer el nuestro propio.

De aquí nace precisamente la alegría de vivir, la conquista de ese fin último nuestro, buscado por cada uno con ahínco, que es la felicidad. La felicidad es aveniencia con uno mismo y con los demás. Por eso su logro únicamente podemos alcanzarlo desde la paridad, mirándonos en ese espejo cuya luna, formada por el rostro de los otros, nos devuelve una imagen nítida del nuestro, de nuestra indefectible — aunque tantas veces negada de derecho y de hecho— mutua fraternidad. La felicidad nunca puede darse a lomos del sufrimiento y la degradación ajenos; por el contrario, la felicidad es resultante de una reconciliación universal entre todos los hombres y mujeres, capaces de hacer *comunidad* desde la asunción y el respeto de todos los proyectos de vida individuales. Sólo de este modo seremos capaces de salvar esa aparentemente dilemática paradoja, soterradora por igual de divisiones caprichosas y de privilegios infundados, a saber, el que siendo todos los hombres diferentes entre sí, nadie sea, sin embargo, más que nadie otro al quedar todos englobados en ese denominador común del *ser personal*. **A**